

El laberinto de la soledad

Joaquín Leguina, diputado del PSOE y demógrafo (EL PERIODICO, 13/12/04).

El Instituto Nacional de Estadística ha comenzado a publicar los resultados de los censos de población y vivienda del 2001, y con ellos la evidencia de los veloces cambios que se vienen produciendo en España durante los últimos años. La población (40.847.371 habitantes) ha crecido el 5,1% desde el anterior censo (1991). Durante este decenio por primera vez el crecimiento demográfico español se explica por la inmigración. Por otra parte, nos encontramos ante un sistema familiar tan nuevo como lleno de riesgos. Por un lado, el número de personas mayores y muy mayores crece. Por otro, la fecundidad sigue bajísima.

En el 2001 vivían en España casi siete millones de personas de 65 años y más (el 17% de la población total). De ellas, 230.000 habían cumplido ya los 90 años y, lo que es más significativo, el 30% de las personas de 85 años o más viven solas (la inmensa mayoría, mujeres). España se va pareciendo cada vez más al *laberinto de la soledad*. Así, de los 14 millones largos de hogares que había en España en el momento del último censo, casi tres millones eran ocupados por una sola persona.

El número de madres solas que viven con sus hijos ha crecido el 41% desde 1991 (1.330.000 en 2001). Aproximadamente la mitad de estas mujeres solas son viudas que viven con sus hijos, pero en 150.000 de estos hogares (el 11,2% del total) son madres solteras y el 36% son mujeres separadas o divorciadas.

En efecto, se detectan muy claramente nuevos tipos de familia. El 6% del total de parejas censadas lo son *de hecho* y casi la mitad de esas parejas tienen ya hijos comunes. Aunque en el 96% de las parejas que viven en España ambos miembros son de nacionalidad española, existe ya un número significativo (162.000) de parejas *mixtas*. Este fenómeno del *mestizaje* no hará sino aumentar, pues el tiempo transcurrido entre la llegada masiva de inmigrantes y el momento censal es aún muy corto.

EL CENSO permite, también, acercarse al fenómeno de la emancipación. El 37,7% de las personas de entre 25 y 34 años vive en casa de sus padres. Diez años antes (1991) era el 28,7%. La mayor tolerancia convivencial de los actuales progenitores contrasta, sin duda, con la estricta concepción que tenían sus ancestros, pero no tanto como para que en sólo 10 años la tendencia se haya acentuado de tal forma. El Instituto de la Juventud asegura que sólo el 6% de los hijos convive con sus padres voluntariamente por "comodidad".

Hay otras explicaciones para este retraso, y no parece difícil hallarlas. El sistema laboral español, con un paro juvenil y una precariedad en los contratos muy por encima de los que se dan en la UE es, seguramente, el primer causante. A ello se une el alto precio de la vivienda. Paradójicamente, entre 1991 y 2001 ha crecido el parque de viviendas nada menos que el 21%. Eso sí, tres millones de viviendas --siempre según el censo-- están vacías. Se comprueba, una vez más, que el mercado de la vivienda en España se parece a

cualquier cosa menos a la "libre concurrencia y competencia perfecta". Una tardía emancipación reduce la fecundidad, pero es que la precariedad laboral también influye a la baja en la fecundidad de las parejas constituidas. Es éste, a mi juicio, el factor determinante para explicar la caída en picado de la fecundidad española hasta alcanzar los más bajos niveles del mundo, aunque en los últimos años se detecta una leve recuperación, en buena parte debida a las mujeres inmigrantes.

El creciente número de personas mayores y muy mayores se debe al alargamiento de la esperanza de vida, es decir, a una mortalidad menor --que en España es ahora, en verdad, privilegiada, incluso dentro de la UE--, pero el incremento del porcentaje de *viejos* en la población tiene su causa principal en la caída de la fecundidad --no en la decreciente mortalidad-- y la fecundidad de las parejas es el resultado de unas estrategias de supervivencia de los más jóvenes, que se ven seriamente constreñidas por la inseguridad en el empleo. A la hora de decidirse a tener hijos, no se trata sólo de querer, sobre todo, se trata de poder.

ENVEJECIMIENTO, dependencia y precariedad en el empleo forman un triángulo difícilmente sostenible, aunque es cierto que la inmigración --el fenómeno social más relevante en la actualidad española-- palía esta dinámica insostenible. Las edades de los inmigrantes y su voluntad para acceder a ciertas profesiones, como los cuidados personales, amén de sus cotizaciones a la Seguridad Social, que serán mayores si se consigue disminuir sensiblemente el trabajo sumergido, representan un buen balón de oxígeno en este campo. Pero no se debe ocultar que la necesaria integración social de los inmigrantes exige, también ella, políticas públicas nada fáciles de poner en marcha. Aparte, claro está, de que la inmigración puede ser un fenómeno reversible.